

CAPITULO II

DIFERENCIAS EN CIVILIZACION—A QUE SON DEBIDAS

¹ Al proponernos descubrir la ley del progreso humano, el primer paso ha de ser determinar la naturaleza esencial de las diferencias que describimos como diferencias de civilización.

² Ya hemos visto que la filosofía en boga, que atribuye el progreso social a los cambios operados en la naturaleza del hombre, no concuerda con los hechos históricos. Y podemos también ver, si las examinamos, que las diferencias entre sociedades en distintos grados de civilización no pueden atribuirse a diferencias innatas en los individuos que componen esas sociedades. Que hay diferencias naturales entre ellas es verdad, y que hay algo semejante a una transmisión hereditaria de peculiaridades es indudablemente verdad; pero las grandes diferencias entre los hombres en los diferentes estados sociales no pueden explicarse de este modo. La influencia hereditaria, que ahora es moda estimar tan alto, apenas es nada si se la compara con las influencias que modifican al hombre después de que viene al mundo. ¿Qué cosa hay en las costumbres más arraigada que el lenguaje, el cual viene a ser no sólo el juego automático de los músculos, sino el utensilio del pensamiento? ¿Qué cosa persiste más tiempo o revela más vivamente la nacionalidad? Sin embargo, no nacemos con una predisposición para ningún lenguaje. Nuestra lengua materna es nuestra lengua materna sólo porque la aprendemos

en la infancia. Aunque nuestros antepasados hayan pensado y hablado en un lenguaje durante incontables generaciones, un niño que desde un principio no oiga nada más, aprenderá con igual facilidad otro cualquiera. Y así de otras peculiaridades nacionales, locales o de clase. Parecen depender de la educación y de la costumbre, no de la transmisión hereditaria. Casos de niños blancos capturados en su infancia por indios y criados en la choza india, lo prueban. Se hacen indios por completo. Y creo que lo mismo sucede con los niños criados por gitanos.

³ Que esto no sea tan verdad respecto de niños indios o de otras razas bien caracterizadas educados por los blancos es debido, en mi sentir, a que no son nunca tratados precisamente como niños blancos. Un caballero que había sido maestro en una escuela de negros me dijo, en cierta ocasión, que consideraba a los niños de color más inteligentes y de más fácil comprensión que los blancos, hasta la edad de diez o doce años; pero que después parecían hacerse lerdos y negligentes. El creía esto prueba de innata inferioridad de raza, y yo también lo creí entonces. Pero después oí a un caballero negro muy inteligente (el obispo Hillery) hacer por incidencia una observación que lo explica suficientemente. Dijo: "Nuestros niños, cuando son jóvenes, son tan inteligentes como los blancos y aprenden con igual facilidad. Pero, en cuanto crecen bastante para apreciar su estado, para comprender que se les considera pertenecientes a una raza inferior y que nunca pueden aspirar a ser más que cocineros, sirvientes o algo parecido, pierden su ambición y se abandonan." Y cabía añadir que, siendo hijos de padres pobres, incultos, sin ambición, las influencias del hogar les atajaban. Pues creo cosa de observación común que, en la enseñanza primaria, los hijos del ignorante son tan enteramente capaces de aprender, como los del inteligente, pero luego estos últimos adelantan más y serán las personas más inteligentes. El porqué es claro. Para las primeras cosas sencillas que aprenden sólo en la escuela, se hallan en iguales condiciones; pero a medida que los estudios se hacen

más complicados el niño que en casa está acostumbrado al buen lenguaje, oye conversaciones ilustradas, tiene acceso a los libros, puede obtener contestación a sus preguntas, etc., lleva una ventaja que lo explica.

Lo mismo se puede ver en el resto de la vida. Supongamos un hombre que se ha elevado por sí mismo desde las filas del trabajo común, y a medida que se vaya poniendo en contacto con hombres cultos y gentes de negocios, se hará más inteligente y más fino. Imaginad dos hermanos, hijos de padres pobres, criados en la misma casa y de igual modo. El uno es colocado en un oficio tosco y nunca se eleva sobre la necesidad de ganarse la vida por medio de un fatigoso trabajo diario; el otro, empezando como un muchacho vagabundo, consigue dar un avance en otra dirección y llega finalmente a ser un abogado, comerciante o político de fama. A los cuarenta o cincuenta años, el contraste entre los dos sería notable; y el hombre irreflexivo lo atribuirá a la mayor capacidad natural que ha permitido al uno ponerse a la cabeza. Pero la misma diferencia notable en los modales e inteligencia se manifestará entre dos hermanas, una de las cuales, casada con un hombre que ha permanecido pobre, consume su vida en vulgares tareas y está privada de ocasiones favorables, y la otra se ha casado con un hombre cuya posición subsiguiente la pone en contacto con la sociedad culta y le ofrece oportunidades que depuran su gusto y desarrollan su inteligencia. Y también pueden verse degradaciones. "Que las malas compañías corrompen las buenas costumbres" no es sino una expresión de la ley general de que el carácter humano es profundamente modificado por su situación y ambiente.

Recuerdo haber visto una vez, en un puerto del Brasil, un negro vestido de un modo que era un evidente esfuerzo por estar a la moda, pero sin zapatos ni medias. Uno de los marineros con quienes conversé, el cual había hecho algún viaje en la trata de esclavos, creía que un negro no era un hombre, sino una especie de mono, y señaló a aquél como un ejemplo proba-

torio, sosteniendo no ser natural que un negro llevase zapatos, y que en su estado salvaje ni siquiera iría vestido. Más tarde supe que allí se consideraba impropio que los esclavos usaran calzado, del mismo modo que en Inglaterra se consideraba impropio de un mayordomo irreprochablemente vestido el usar joyas (aunque he visto después hombres blancos, en libertad de vestirse a su gusto, hacerlo tan incongruentemente como el esclavo brasileño). Pero un gran número de los hechos aducidos como prueba de la transmisión hereditaria, no tienen realmente más alcance que el señalado por nuestro darwinista del puente de proa.

6 Por ejemplo: el que en Nueva York un gran número de criminales y de acogidos a la beneficencia descendan, según se ha probado, de una línea de pordioseros de tres o cuatro generaciones, se cita frecuentemente como prueba de la transmisión hereditaria. Pero no prueba tal cosa, por cuanto tenemos más a mano una explicación adecuada del hecho. Los mendigos criarán mendigos, aun cuando los niños no sean hijos suyos, como un contacto familiar con criminales hará criminales a los hijos de padres virtuosos. Aprender a contar con la caridad, equivale necesariamente a perder la dignidad y la independendencia necesarias para confiar en sí propios cuando la lucha es difícil. Esto es tan cierto que, como es bien sabido, la caridad tiene por efecto aumentar la mendicidad, y queda por resolver todavía si la asistencia pública y las limosnas privadas producen por este concepto un perjuicio o un beneficio. Y lo mismo sucede respecto de la predisposición de los niños a mostrar los sentimientos, gustos, prejuicios o talentos de sus padres. Ellos absorben estas disposiciones exactamente como absorben las de sus compañeros habituales. Y las excepciones prueban la regla, ya que se pueden suscitar antipatías o revulsiones.

7 Y hay, creo, una influencia más sutil todavía, que frecuentemente explica lo que consideramos atavismos de carácter —la misma influencia que en el muchacho lector de novelas de pira-

tería le hace desear ser pirata—. Una vez conocí a un caballero por cuyas venas corría la sangre de jefes indios. Solía contarme tradiciones aprendidas de su abuelo, que ilustraban lo que a un blanco le es difícil comprender: la manera de pensar india, la intensa pero paciente sed de sangre del rastreador, y la firmeza de ánimo ante la pira. Por el modo con que insistía en eso, no me cabe duda que, bajo ciertas circunstancias, a pesar de ser, como era, un hombre perfectamente educado y civilizado, habría mostrado rasgos que habrían sido atribuidos a su sangre india; pero, en realidad, hubieran sido suficientemente explicados por las cavilaciones de su imaginación sobre los hechos de sus antepasados (1).

En una comunidad vasta, así como entre grupos y clases diversos, podemos ver diferencias análogas a las existentes entre sociedades que llamamos distintas en civilización —diferencias en conocimientos, creencias, costumbres, gustos y lenguaje— que, en sus extremos, se ofrecen entre gentes de la misma raza, viviendo en el mismo país, diferencias casi tan grandes como las existentes entre pueblos civilizados y salvajes. Así como se pueden encontrar los distintos grados de civilización, desde la edad de piedra acá, en naciones contemporáneas, así también en un mismo país y en una misma ciudad se encuentran, tocándose, grupos que ofrecen parecidas diversidades. En países como Inglaterra y Alemania, niños de la misma raza, nacidos y educados en un mismo lugar, crecerán, hablando el idioma de modo distinto, con creencias distintas, costumbres distintas, gustos distintos; y hasta en un país como Estados Unidos, diferencias de la misma clase,

(1) WORDSWORTH, en su «Canto al Festín en el Castillo de Brougham», ha aludido a esta influencia en forma altamente poética:

*Armaduras que se enmohecen en sus salones
Exhortan a la sangre de Clifford:
"Subyuga al escocés", grita la lanza:
"Llévame al corazón de Francia",
Es el anhelo del escudo.*

aunque no en el mismo grado, se pueden ver entre grupos o círculos diferentes.

⁹ Pero estas diferencias no son, ciertamente, innatas. Ningún niño nace metodista o católico, haciendo la *h* muda o aspirada. Todas estas diferencias que distinguen grupos o círculos diferentes, derivan de la asociación en estos círculos.

¹⁰ Los jenizaros eran jóvenes arrebatados a sus padres cristianos en temprana edad, pero no eran musulmanes menos fanáticos ni mostraban menos todos los rasgos turcos; los jesuitas y otras órdenes muestran un carácter peculiar, que no se perpetúa ciertamente por transmisión hereditaria; y aun asociaciones tales como escuelas y regimientos, donde sus componentes no permanecen sino corto tiempo y cambian continuamente, manifiestan características generales que son el resultado de impresiones mentales perpetuadas por la asociación.

¹¹ Ahora bien, este conjunto de tradiciones, creencias, costumbres, leyes, hábitos y asociaciones, que se forman en todo pueblo y que rodean a todo individuo —este “ambiente superorgánico”, como lo llama Herbert Spencer— es, según lo concibo, el gran elemento determinante del carácter nacional. Esto, más que la transmisión hereditaria, es lo que hace al inglés diferir del francés; al alemán, del italiano; al americano, del chino; y al hombre civilizado, del salvaje. Así es como se conservan, extienden o alteran los caracteres nacionales.

¹² Dentro de ciertos límites (o, si lo preferís, sin límites en sí misma), la transmisión hereditaria puede desarrollar o alterar cualidades, pero esto es mucho más cierto en la parte física que en la espiritual del hombre, y mucho más cierto en los animales que en la parte física del hombre. Deducciones de la cría de palomas o del ganado no son aplicables al hombre, y la razón es clara. La vida de éste, hasta en su más primitivo estado, es infinitamente más compleja. Obran sobre él un número infinitamente mayor de influjos, en medio de los cuales el relativo influjo de la herencia es cada vez menor. De una raza de hombres

con actividad mental no mayor que los animales —hombres que sólo coman, beban, duerman y procreen— no dudo que, por un cuidadoso tratamiento y por selección en la cría, se podría lograr que, con el tiempo, presentase tan grandes diferencias en la forma corporal, como por medios semejantes se han obtenido en los animales domésticos. Pero no hay tal raza de hombres; y en éstos, tales como son, las influencias mentales, obrando por la inteligencia sobre el cuerpo, interrumpirían constantemente el proceso. No puede engordarse a un hombre cuya mente está vivamente excitada, enjaulándole y alimentándole, como se engorda a un lechón. Con toda probabilidad, los hombres han estado sobre la tierra mucho más tiempo que varias especies de animales. Han estado separados unos de otros bajo diferencias de clima que producen las más notables diferencias en los animales, y, sin embargo, las diferencias físicas entre las distintas razas humanas apenas son mayores que las diferencias entre caballos blancos y negros —no son ciertamente tan grandes como entre los perros de la misma subespecie; por ejemplo: en las variedades del zorrero o del perro de aguas—. Y hasta estas diferencias físicas entre razas humanas, los que las explican por la selección natural y la transmisión hereditaria, afirman que surgieron cuando el hombre estaba mucho más próximo al animal, es decir, cuando tenía menos inteligencia.

¹³ Y si esto es verdad respecto a la constitución física del hombre, ¿en cuanto mayor grado lo es respecto de su constitución mental? Todas nuestras partes físicas las traemos con nosotros al mundo; pero el entendimiento se desarrolla después.

¹⁴ Hay un período en la gestación de todo organismo, durante el cual, prescindiendo de las circunstancias que lo rodean, no podría decirse si el animal será un pez o un reptil, un mono o un hombre. Y lo mismo sucede con el niño recién nacido; que el entendimiento que aún se ha de abrir a la conciencia y facultades sea inglés o alemán, americano o chino —el entendimiento

de un hombre civilizado o de un salvaje— depende enteramente del medio social en que se le coloque.

¹⁵ Tomemos cierto número de recién nacidos de los padres más altamente civilizados, y transportémoslos a un país deshabitado. Suponedles mantenidos por un medio milagroso hasta que tengan edad de valerse por sí solos; y ¿qué obtendremos? Los salvajes más desamparados de que tenemos noticias. Deberán descubrir el fuego, inventar los más toscos utensilios y armas, y crear el lenguaje. Para llegar hasta los conocimientos que las razas más inferiores poseen ahora, tropezarían a cada instante, como cuando un niño aprende a andar. De que con el tiempo conseguirían todas estas cosas, no tengo la menor duda, porque todas estas posibilidades están latentes en el entendimiento, del mismo modo que la facultad de andar lo está en la estructura humana; pero no creo que lo hicieran nada mejor ni peor, ni más despacio ni más de prisa, que los hijos de padres bárbaros colocados en las mismas condiciones. Admitamos las facultades mentales más elevadas que individuos excepcionales hayan jamás desplegado; y ¿qué sería de la humanidad si una generación quedara separada de la siguiente por un intervalo de tiempo, como el de los diecisiete años de la langosta? Tal intervalo llevaría a la Humanidad no a la barbarie, sino a una condición, comparada con la cual, la barbarie, tal como la conocemos, parecería civilización.

¹⁶ Y, al contrario, supongamos que cierto número de niños salvajes pudieran substituir a otros tantos niños de la civilización sin que las madres lo supiesen (porque hasta esto sería preciso para hacer el experimento con imparcialidad); ¿podemos presumir que al crecer ofrecerían alguna diferencia? En mi sentir, nadie que haya tenido muchos tratos con diferentes pueblos y clases creerá que sí. La gran enseñanza que de esto se deduce es que “la naturaleza humana es la naturaleza humana en todo el mundo”. Y esta lección se puede aprender también en la biblioteca. No me refiero a las relaciones de los viajeros, porque las noticias que los hombres civilizados que escriben libros nos

dan de los salvajes son, con mucha frecuencia, como las noticias que los salvajes darían de nosotros si nos hicieran visitas a escape y escribiesen libros sobre ello, sino a aquellas memorias de la vida e ideas de otros tiempos y de otros pueblos que, traducidas a nuestra lengua actual, son como reflejos de nuestras propias vidas y destellos de nuestras propias ideas. El sentimiento que inspiran es el de la esencial semejanza de los hombres. "Este —dice Emanuel Deutsch— es el resultado definitivo de todas las investigaciones en la historia y en el arte: *Ellos eran como somos nosotros.*"

17 Hay una raza que se encuentra en todas partes del globo y que ilustra bien qué particularidades son debidas a la transmisión hereditaria y cuáles a la transmisión por asociación. Los judíos han conservado la pureza de su sangre más escrupulosamente y por mucho más tiempo que ninguna de las razas europeas, pero me inclino a pensar que el único distintivo que se les puede atribuir es el de la fisonomía, y éste en realidad mucho menos marcado de lo que se supone convencionalmente, como puede ver cualquiera que se tome la molestia de observarlo. Aunque siempre se han casado entre ellos, en todas partes han sido modificados por su ambiente —los judíos ingleses, rusos, polacos, alemanes y orientales difieren entre sí en muchas cosas, tanto como los otros habitantes de aquellos países—. Sin embargo, tienen mucho que les es común y, en todas partes, han conservado su individualidad. La causa es clara. Es la religión hebrea la que, en todas partes, ha conservado los distintivos de la raza hebrea, y ciertamente la religión no es transmitida por generación, sino por asociación. Esta religión que los niños reciben, no como reciben sus características diferencias físicas, sino por el precepto y la asociación, no sólo es exclusiva en sus doctrinas, sino que, engendrando desconfianza y aversión, ha producido una poderosa presión exterior, la cual, aún más que sus preceptos, en todas partes ha hecho de los judíos una sociedad dentro de otra sociedad. De este modo se ha formado y conser-

vado cierta atmósfera peculiar que les da un carácter distintivo. El casamiento entre judíos ha sido el efecto, no la causa de esto. La persecución que llegó a arrebatarse a sus padres los niños judíos, llevándolos fuera de esta atmósfera peculiar, no pudo conseguir lo que realizará la menor intensidad de las creencias religiosas, como ya es evidente en Estados Unidos, donde la distinción entre judíos y gentiles está desapareciendo rápidamente.

18 Y me parece que la influencia de esta red o ambiente social explicará lo que tan frecuentemente se considera prueba de las diferencias de raza: la dificultad que las razas menos civilizadas muestran para recibir una civilización superior, y la manera como algunas de aquellas razas desaparecen ante ésta. En la medida en que persiste una atmósfera social, dificulta o imposibilita a los que le están sujetos el aceptar otra.

19 El carácter chino es fijo, si lo es el de algún pueblo. Sin embargo, los chinos en California adquieren la manera americana de trabajar, comerciar, usar máquinas, etc., con tal facilidad, que prueban no carecer de flexibilidad o capacidad natural. Si no cambian en otros respectos, es debido a la atmósfera china, que aún persiste y aun les rodea. Venidos de China, anhelan regresar a China y, mientras están aquí, viven en una pequeña China suya propia, exactamente como los ingleses en la India conservan una pequeña Inglaterra. Esto no consiste sólo en que busquemos naturalmente el trato de los que participan de nuestras peculiaridades, y así, el lenguaje, la religión y las costumbres tienden a persistir donde los individuos no están completamente aislados, sino que estas diferencias provocan una presión externa que impone tal asociación.

20 Estos principios obvios explican plenamente, sin recurrir a la teoría de las diferencias ingénitas, todos los fenómenos que se observan en el contacto de una fase o masa de cultura con otra. Por ejemplo, según la filología comparada ha mostrado, el hindú es de la misma raza que su conquistador inglés; y casos particulares han mostrado sobradamente que, si pudiese estar colocado

completa y exclusivamente en una atmósfera inglesa (lo que, como antes afirmé, sólo podría conseguirse plenamente colocando niños en familias inglesas, de tal manera que ni ellos al crecer ni quienes les rodearan tuviesen conciencia de diferencia alguna), una generación sería suficiente para implantar la civilización europea; pero el progreso de las ideas y costumbres inglesas en la India tiene que ser necesariamente muy lento, porque tropieza con un tejido de ideas y costumbres constantemente perpetuadas a través de una población inmensa y entrelazadas con todos los actos de la vida.

21 Mr. Bagehot (*Physics and Politics*) se esfuerza en explicar la causa por la cual los bárbaros desaparecen ante nuestra civilización y no ante las antiguas, afirmando que el progreso de la civilización nos ha dado una constitución física más fuerte. Después de aludir a que ningún escritor clásico manifiesta lástima por los bárbaros, sino que, por todas partes, los bárbaros resistían el contacto con los romanos y éstos se aliaban con aquéllos, dice (págs. 47 y 48):

“Los bárbaros, en el primer año de la era cristiana, eran muchos más que en el siglo XVIII; y si resistían el contacto de los antiguos hombres civilizados y no pueden resistir el nuestro, se deduce que nuestra raza es probablemente más fuerte que la antigua, porque nosotros debemos soportar, y soportamos, el germen de enfermedades mayores que las que los antiguos llevaban consigo. Podríamos tal vez valernos del invariable salvaje, como de un metro para comparar el vigor de la constitución a cuyo contacto está expuesto.”

22 Mr. Bagehot no intenta explicar por qué hace mil ochocientos años la civilización no daba sobre la barbarie ventajas relativamente análogas a las que ahora da; pero es inútil hablar de esto ni de la falta de prueba de haber mejorado en nada la constitución humana. A cualquiera que haya visto cómo afecta a las razas inferiores el contacto de nuestra civilización, se le ocurrirá una explicación mucho más fácil, aunque menos halagadora.

23 Si resultan relativamente inocuas para nosotros algunas enfer-

medades que causan al salvaje una muerte cierta, no debe atribuirse a que nuestra constitución física sea más fuerte, por naturaleza, que la suya. Es porque nosotros conocemos estas enfermedades y tenemos medios de tratarlas, mientras el salvaje carece de conocimientos y medios. Los males que la espuma de la civilización, que flota en sus avanzadas, inculca al salvaje, serían igualmente destructores para los hombres civilizados, si éstos no conocieran nada mejor que dejarlos obrar, como aquél, en su ignorancia, los ha dejado obrar; y, de hecho, fueron igualmente destructores para nosotros, hasta que hallamos el medio de combatirlos. Y no solamente esto, sino que el impacto de la civilización en la barbarie debilita el poder del salvaje, sin procurarle las condiciones que dan poder al hombre civilizado. Mientras sus hábitos y costumbres siguen tendiendo a persistir, y persisten tanto como pueden, las condiciones a que estaban adaptados han cambiado por completo. Es cazador en una tierra desprovista de caza; es un guerrero sin armas, reducido a defenderse con tecnicismos legales. No está solamente colocado entre dos culturas, sino que, como Mr. Bagehot dice del mestizo de europeo en la India, se halla entre dos moralidades, y aprende los vicios de la civilización sin sus virtudes. Pierde sus medios de subsistencia habituales, pierde su dignidad, su moralidad; se degrada y muere. Los seres míseros que podemos ver vagabundear alrededor de las ciudades fronterizas o de las estaciones de los ferrocarriles, dispuestos a mendigar, hurtar o solicitar un vil comercio, no son representantes dignos del indio anterior a la usurpación de sus tierras de caza por el hombre blanco. Han perdido el vigor y las virtudes de su condición primera, sin adquirir la de una superior. De hecho, la civilización, al empujar al piel roja, no manifiesta virtudes. Para el anglosajón de la frontera, en general, los aborígenes no tienen derechos que el hombre blanco esté obligado a respetar. Son empobrecidos, mal comprendidos, engañados y ultrajados. Mueren como moriríamos nosotros en análogas condiciones.

Desaparecen ante la civilización, como los britanos romanizados desaparecieron ante la barbarie sajona.

24 La verdadera causa de que ningún autor clásico compadeciera al bárbaro, sino que la civilización romana le asimilase en vez de destruirle, se puede hallar, a mi juicio, no sólo en el hecho de que la civilización antigua tenía un parentesco mucho más próximo con los bárbaros con que topó, sino en el hecho más importante de no haberse extendido como la nuestra. No avanzaba por una línea de colonizadores que se adelantan, sino por conquista, que sólo reducía la nueva provincia a una sujeción general, dejando casi intacta al pueblo su organización social, y muchas veces hasta la política, verificándose la asimilación sin destrozo ni decadencia. De un modo algo semejante, parece que la civilización del Japón se va asimilando ahora la civilización europea.

25 En América, el anglosajón ha exterminado al indio, en vez de civilizarle, simplemente porque no ha colocado al indio en su ambiente, ni tampoco el contacto ha sido adecuado para inducir o permitir que el tejido indio de ideas habituales y costumbres cambiase con rapidez bastante para adaptarse a las nuevas condiciones impuestas por la proximidad de nuevos y poderosos vecinos. Que en estas razas sin civilizar no existe impedimento innato para acoger nuestra civilización, se ha observado repetidas veces en casos individuales. Y también lo han comprobado, hasta donde los experimentos han podido llegar, los jesuitas en el Paraguay, los franciscanos en California, y los misioneros protestantes en algunas islas del Pacífico.

26 El supuesto de una mejora física en la raza en todo el tiempo que conocemos es enteramente infundado, y dentro del tiempo de que habla Mr. Bagehot está absolutamente refutado. Sabemos por las estatuas clásicas, por los pesos llevados y las marchas realizadas por los antiguos soldados, por los recorridos máximos de los corredores y las proezas de los gimnastas, que ni en tamaño ni en fuerzas ha mejorado la raza en el espacio de dos mil años. Pero el supuesto del perfeccionamiento intelectual, que se hace de un

modo aún más confiado y general, es todavía más absurdo. Como poetas, artistas, arquitectos, filósofos, retóricos, hombres de Estado o guerreros, ¿puede la civilización moderna presentar individuos de mayor poder intelectual que los antiguos? No se necesita recordar nombres que todo niño de escuela conoce. Los modelos y personificaciones del poder mental los vamos a buscar en los antiguos, y si pudiésemos imaginar por un momento la posibilidad de la que se considera como la más antigua y la más extendida de todas las creencias —aquella creencia que Lessing declaró ser en esta materia la verdad más probable, aunque él la aceptó por motivos metafísicos— y suponer que Homero o Virgilio, Demóstenes o Cicerón, Alejandro, Aníbal o César, Platón o Lucrecio, Euclides o Aristóteles volvieran a la vida en el siglo XIX, ¿podemos suponer que presentarían alguna inferioridad respecto a los hombres de hoy? Si tomamos cualquier período desde la edad clásica, aun el más tenebroso, o cualquier período anterior del que sepamos algo, ¿no encontraríamos hombres que, en las condiciones y grado de cultura de sus tiempos, mostraron una inteligencia tan elevada como los hombres muestran ahora? Y entre las razas menos adelantadas, ¿no encontramos hoy, siempre que les prestamos atención, hombres que manifiestan cualidades intelectuales tan grandes como las que puede mostrar la civilización? ¿Prueba el invento del ferrocarril, dada la época en que se efectuó, una facultad inventiva mayor que la invención de la carretilla cuando no había carretillas? Nosotros, los hombres de la civilización moderna, estamos mucho más elevados que nuestros antepasados y que los de las razas menos adelantadas que nos son contemporáneos. Pero es porque estamos en lo alto de una pirámide, no porque seamos más altos. Lo que los siglos han hecho por nosotros no es elevar nuestra estatura, sino levantar un pedestal donde podemos sentar nuestras plantas.

27

Repetiré. No quiero decir que todos los hombres poseen la misma capacidad o son intelectualmente iguales, más de lo que quiero decir que son iguales físicamente. Entre todos los incon-

tables millones de hombres que han vivido en este mundo, probablemente no han existido dos que física e intelectualmente fuesen iguales por completo. Ni quiero decir tampoco que no haya diferencias intelectuales de raza tan claramente marcadas como lo están las diferencias físicas de raza. No niego la influencia hereditaria en la transmisión de cualidades de la mente del mismo modo, y acaso en el mismo grado que se transmiten las cualidades corporales. Sin embargo, se me figura que existe una norma común y proporción natural en la mente, como lo hay para el cuerpo, hacia la cual todas las desviaciones tienden a volver. Las condiciones en las cuales vivimos pueden producir deformaciones como las que producen los cabezas-chatas comprimiendo las cabezas de sus niños, o los chinos por el vendaje de los pies de sus hijas; pero así como los pequeñuelos de los cabezas-chatas siguen naciendo con las cabezas de forma natural, y las niñas chinas con los pies naturalmente proporcionados, así también la Naturaleza parece volver al tipo normal de inteligencia. El niño no hereda los conocimientos de su padre, como no hereda su ojo de vidrio o su pierna artificial; el hijo de los padres más ignorantes puede llegar a ser un explorador de la ciencia o un adalid intelectual.

28
Pero éste es el gran hecho que nos interesa: que las diferencias entre individuos de pueblos en varios lugares y tiempos, que llamamos diferencias en civilización, son diferencias inherentes no a los individuos, sino a la sociedad; que aquéllos no son, como sostiene Herbert Spencer, diferencias resultantes de las condiciones bajo las cuales estas unidades entran en la sociedad. En síntesis, considero que la explicación de las diferencias observadas en los pueblos es que toda sociedad, pequeña o grande, se teje, necesariamente, un tejido de conocimientos, creencias, costumbres, lengua, gustos, instituciones y leyes. Dentro de este tejido creado por cada sociedad (o mejor dentro de estos tejidos, porque cada sociedad superior a las más sencillas está formada de sociedades menores que se superponen y entrelazan mutuamente) el individuo es recibido al nacer y sigue en ellos hasta su muerte. Esta es la

matriz donde la mente se desarrolla y de la cual toma su estampa. Así es cómo las costumbres, religiones, preocupaciones, gustos y lenguajes crecen y se perpetúan. Así es cómo se transmite la destreza y acumula el saber, y los descubrimientos de una época constituyen la provisión común y el peldaño para la próxima. Aun cuando esto ofrece con frecuencia los mayores obstáculos para el progreso, esto es lo que lo hace posible. Esto es lo que permite a cualquier escolar de nuestro tiempo aprender del Universo, en pocas horas, más de lo que sabía Ptolomeo, y coloca al hombre de ciencia más lerdo muy por cima del nivel alcanzado por la gigante inteligencia de Aristóteles. Esto es, respecto a la raza, lo que la memoria respecto al individuo. Nuestras admirables artes, nuestra ciencia de prodigioso alcance, nuestras invenciones maravillosas se han logrado así.

29

El progreso humano avanza a medida que los progresos hechos por una generación se aseguran de este modo como propiedad común de la próxima, y se hacen punto de partida para nuevos avances.